

¿Cuál identidad?

Joaquín R. del Paso

Para nosotros, artistas periféricos de la periferia, el tema identitario ha sido desde hace algún tiempo, un tema urgente. Sociólogos e historiadores ponen su grano de arena discerniendo, investigando. Nosotros hacemos lo propio, buscando en nuestras propuestas indagar en nosotros mismos quienes somos, que clase de nación o territorio es este. O como resulta nuestra inserción en un circuito global en el que cada día más, se ven borradas ciertas distinciones, ciertas categorías. Las comunicaciones y la llegada de la Internet, definitivamente van disolviendo, derritiendo y dando forma a un nuevo concepto de “identidad”, que no termina de ser claro.

Para empezar, porque nunca lo fue. Quiero decir, antes de la revolución digital tampoco teníamos muy claro qué significaba ser costarricense, o para ser un poco menos chauvinistas, qué significa ser centroamericano, o mejor aún, latinoamericano. Parte del estado actual de las cosas tiene que ver con el hecho de confundir nacionalidad con identidad. En Latinoamérica, salvo Brasil, todos hablamos español y tenemos pasados coloniales comunes y presentes repletos de dictadorzuelos genocidas. Aún así, habría que ver qué pasa con los miles de nativos latinoamericanos que todavía practican sus lenguas (quechua, bribri, náhuatl etc). ¡Hoy sabemos que agrupar a países tan distintos entre si como Haití y Argentina bajo una sola denominación “Latinoamérica”, no tiene mayor sentido! Es una simplificación algo burda y prácticamente antojadiza.

Luego, personalmente debo confesar un prejuicio: no creo en los países, ni en los himnos nacionales ni en las selecciones de fútbol nacionales etc. O sea, no creo en las nacionalidades. Creo en las culturas: por ejemplo, Centroamérica y gran parte de México comparten una cultura, pero somos 8 países. Todos con banderitas, todos con sus comidas nacionales, sus selecciones de futbol etc. Pero el clima, las lluvias, ciertos alimentos (maíz, arroz, frijoles o yuca) un pasado muy similar y el haber compartido estos territorios cuando eran selva y no habían países. Nos convierten ciertamente en una cultura con diferencias, si, pero con mucho en común.

Hoy sabemos que existieron personas como Frida Kahlo, Margarita Azurdia, Emilia Prieto o Rosa Mena Valenzuela. Mujeres artistas de 4 países diferentes, pero

todas ellas con muchísimos puntos en común. Esto nos dice que compartían rasgos de una cultura que les era afín. No se apegaron nunca demasiado a sus nacionalidades y en general, se sintieron más ciudadanas del mundo que otra cosa. Otro tanto podría decirse de Eunice Odio o de Yolanda Oreamuno.

La Internet también viene contribuyendo a diluir estas nociones de nacionalidad. La Internet... ¿es gringa, japonesa, rusa o peruana? Los que participan de ella llevan su carga, su historial, pero la mayoría se comunica en inglés. El espacio virtual que genera la Internet no tiene una nacionalidad: es un espacio abierto a las mentes de los pueblos de todo el mundo. Al menos eso quisiera creer yo.

Pienso que nuestra insistencia en dilucidar, crear o poseer una identidad viene de nuestra necesidad de pertenecer. Nuestro instinto de pertenencia es muy grande, y como mamíferos, tenemos inscritos en nuestros genes la importancia de pertenecer a la manada, o la jauría. Como seres humanos que crearon una cultura más allá de la alianza animal, esta cultura evolucionó lentamente hacia idiomas, costumbres, usos y singularidades que van desde la manera en que nos saludamos, hasta los grados de proximidad física que cada cultura ha considerado permisibles socialmente. Ciertamente, esta necesidad de pertenencia se traduce en un cierto orgullo que como cultura, o más recientemente como nación, los individuos llegan a desarrollar. Ser chino, español o ganés implica una serie de características que consideramos invaluable. El problema viene cuando las naciones son relativamente nuevas y han sido formadas a partir de procesos de colonización, que incluyeron la supresión (para no decir el genocidio) de los grupos humanos que estaban asentados con anterioridad, y sobretodo, su división en territorios artificiales.

Un ejemplo que siempre me ha llamado la atención es el de los Estados Unidos de América. Una nación gigantesca que se formó con oleadas de inmigrantes que desplazaron, de forma mas o menos brutal, a los residentes originales. Después tuvieron que crear su propio espejo para reflejarse y reconocerse: Hollywood y el cine norteamericano constituyen, desde mi punto de vista la piedra miliar de la identidad norteamericana. Eso y las guerras constantes. Pero han logrado generar ese sentimiento de identidad, de pertenencia: cuando una familia china se muda a los estados Unidos, la segunda generación de los Ching, adopta nombres de pila “americanos”: Andrew Ching,

Robert Ching etc. Existe un orgullo tácito en pertenecer a la nación/tribu más influyente y poderosa de la tierra.

En contraste, en nuestro país las familias de origen alemán o italiano, por ejemplo, se siguieron apegando en su mayoría, a los nombres de pila originales de sus países: Karl, Otto, Luigi, Piero, Christian. Claro que hay excepciones, pero los casos mas singulares todavía, son los de gente originaria de nuestro país que empezó a bautizar a sus hijos Elvis, Walter, Kevin, Roosevelt o Steve. He conocido en mis años de colegio a Elvis Chinchilla, Marilyn Barrientos o a Steve Picado. Últimamente y debido al inquietante aumento de analfabetización, los nombres han evolucionado en onomatopeyas siendo *Maicol*, uno de los mas populares. Luego está lo que el poeta Luis Chávez acuñó como el FOC : Folklore onomástico centroamericano: Kendri, Milady o Yendry.

Todo esto nos lleva ineluctablemente al meollo de este tema: ¿qué quiero decir cuando digo que soy costarricense? ¿Que me desayuno gallopinto por las mañanas y que en diciembre como tamales? ¿Que somos todos hijos de labriegos sencillos “igualiticos”? ¿Qué pasa por ejemplo con la televisión y los programas que importamos? ¿O con los nuevos giros del lenguaje que adoptamos, provenientes de recientes oleadas de nuevos inmigrantes?

Finalmente pareciera ser que de una manera elíptica y tangencial, es más fácil definarnos a partir de lo que no somos: no somos un país grande y poderoso, no tenemos un ejército que matonea a sus habitantes y en el concierto general de las cosas, somos un país bastante insignificante: nuestras voces no se escuchan en los foros más importantes y no estamos alineados a ningún bloque poderoso de países. Nos quedan las reliquias de algo que remota y oscuramente relacionamos con nuestra identidad: las cogidas de café, las carretas de bueyes decoradas, algunas canciones derivadas de polkas europeas que sentimos nuestras y la celeberrima vivienda de adobes, producto español de exportación colonial.

De ahí que sienta que esta búsqueda de una identidad local sea un tanto infructuosa. Más nos valdría hacernos a la idea de una identidad más general y menos

específica, mas ubicua que señalable, más flotante que asentada y más en tránsito que estacionada.

En síntesis, un reconocimiento de que identidad y nacionalidad no son necesariamente sinónimos, sino categorías. Y que mi identidad no va a depender necesariamente de mi nacionalidad, pero quizás sí de mi cultura. Aparte las nacionalidades solo han generado odios de todo tipo, guerras, prohibiciones y divisiones en el género humano.

Muchas gracias.

Which identity?

Joaquin R. del Paso

For us, peripheral artists from the periphery, the issue of identity has been an urgent issue for some time. Sociologists and historians put their grain of sand into discerning and investigating. We do the same, seeking in our proposals to inquire into ourselves who we are, and what kind of nation or territory this is. Or as it turns out our insertion in a global circuit in which every day more, certain distinctions, certain categories are erased. Communications and the arrival of the Internet are dissolving, melting, and giving shape to a new concept of “identity”, which is not completely clear.

For starters, because it never was. I mean, before the digital revolution we were also not very clear about what it meant to be Costa Rican, or to be a little less chauvinistic, what it means to be Central American, or better yet, Latin American. Part of the current state of things has to do with the fact of confusing nationality with identity. In Latin America, except for Brazil, we all speak Spanish and we have common colonial pasts and a present full of genocidal dictatorships. Even so, it remains to be seen what happens to the thousands of Latin American natives who still practice their languages (Quechua, Bribri, Nahuatl, etc.). Today we know that grouping countries as different from each other as Haiti and Argentina under a single denomination "Latin America" does not make much sense! It is a somewhat crude and practically capricious simplification.

Then, I must confess a prejudice: I do not believe in countries, national anthems, national soccer teams, etc. I mean, I don't believe in nationalities. I believe in cultures: for example, Central America and a large part of Mexico share culture, but we are 8 countries. All with little flags, all with their national foods, their soccer teams, etc. But the climate, the rains, and certain foods (corn, rice, beans, or cassava) have a very similar past, and having shared these territories when they were jungle and there were no countries. They certainly make us a culture with differences, yes, but with much in common.

Today we know that people like Frida Kahlo, Margarita Azurdia, Emilia Prieto or Rosa Mena Valenzuela existed. Women artists from 4 different countries, but all of them with many points in common. This tells us that they shared traits of a culture that was related to them. They were never too attached to their nationalities and in general, they felt more like citizens of the world than anything else. The same could be said of Eunice Odio or Yolanda Oreamuno.

The Internet has also been helping to dilute these notions of nationality. The Internet... is it gringo, Japanese, Russian or Peruvian? Those who participate in it carry their burden and their history, but most communicate in English. The virtual space generated by the Internet does not have a nationality: it is a space open to the minds of people from all over the world. At least that's what I would like to believe.

I think that our insistence on elucidating, creating, or possessing an identity comes from our need to belong. Our instinct to belong is very strong, and as mammals, we have inscribed in our genes the importance of belonging to the herd, or the pack. As human beings who created a culture beyond the animal alliance, this culture slowly evolved into languages, customs, uses, and singularities that range from the way we greet each other, to the degrees of physical proximity that each culture has considered socially permissible. Certainly, this need to belong translates into a certain pride that as a culture, or more recently as a nation, individuals come to develop. Being Chinese, Spanish, or Ghanaian implies a series of characteristics that we consider invaluable. The problem comes when the nations are relatively new and have been formed from colonization processes, which included the suppression (not to say genocide) of the

human groups that were previously settled, and above all, their division into artificial territories.

An example that has always caught my attention is that of the United States of America. A gigantic nation that was formed by waves of immigrants who displaced, more or less brutally, the original residents. Then they had to create their mirror to reflect and recognize themselves: Hollywood and American cinema constitute, from my point of view, the milestone of American identity. That and the constant wars. But they have managed to generate that feeling of identity, of belonging: when a Chinese family moves to the United States, the second generation of the Ching adopts “American” first names: Andrew Ching, Robert Ching, etc. There is an unspoken pride in belonging to the most influential and powerful nation/tribe on earth.

In contrast, in our country, families of German or Italian origin, for example, continued to stick mostly to the original first names of their countries: Karl, Otto, Luigi, Piero, and Christian. Of course, there are exceptions, but the most unique cases are still those of people from our country who began to baptize their children Elvis, Walter, Kevin, Roosevelt, or Steve. During my school years, I met Elvis Chinchilla, Marylin Barrientos, and Steve Picado. Lately and due to the disturbing increase in illiteracy, the names have evolved into onomatopoeias, Maicol being one of the most popular. Then there is what the poet Luis Chávez coined as the FOC: Central American Onomastic Folklore: Kendri, Milady or Yendry.

All this leads us ineluctably to the heart of this issue: what do I mean when I say that I am Costa Rican? That I have gallopinto for breakfast in the morning and that in December I eat tamales? That we are all children of simple peasants "equal"? What happens, for example, with television and the programs that we import? Or with the new turns of language we adopt, coming from recent waves of new immigrants?

Finally, it seems that in an elliptical and tangential way, it is easier to define ourselves based on what we are not: we are not a large and powerful country, we do not have an army that bullies its inhabitants and in the general concert of things, we are a rather insignificant country: our voices are not heard in the most important forums and we are not aligned with any powerful bloc of countries. We are left with the relics of

something that we remotely and obscurely relate to our identity: the coffee fetches, the decorated oxcarts, some songs derived from European polkas that we feel are our own, and the famous adobe house, a Spanish colonial export product.

Hence, I feel that this search for a local identity is somewhat fruitless. It would be better for us to get used to the idea of a more general and less specific identity, more ubiquitous than signaling, more floating than settled, and more in transit than parked.

In short, a recognition that identity and nationality are not necessarily synonymous, but rather categories. And that my identity will not necessarily depend on my nationality, but perhaps on my culture. Besides, nationalities have only generated hatred of all kinds, wars, prohibitions, and divisions in the human race.

Thank you very much.